

## Resbalon papal

### Padre Pedro José Ynaraja



Pasaba unos días en Nazaret conviviendo con la comunidad franciscana. Cerca del lugar que yo ocupaba en el comedor se sentaba, muy discretamente, un obispo. Indagué su identidad y me informaron que era Mons. Domenico Picci, emérito de Alepo, hombre muy amable y asequible. Fiel a mi ocupación periodística, me atreví a solicitarle que me concediera una entrevista. Su única respuesta fue: dopo le nove. Quise añadir una explicación y volvió a decirme: dopo le nove. Pues a esperar pacientemente, me dije a mí mismo, que la mañana es larga.

Fui puntualmente a su celda donde me esperaba con aspecto afable. Me tenía preparada una imagen de Santa María, unas estampas y una cartulina que no distinguía yo su contenido. Como de esto hace 18 años, no puedo asegurar el orden que tuvo la conversación, pero sí el contenido.

Se presentó a sí mismo diciéndome que ejerciendo en Siria, le llamó el Nuncio. Durante la entrevista, le pregunté si juzgaba oportuno que la ciudad de Alepo tuviese obispo. Él le contestó que, tratándose de una población tan importante, pensaba que sí que se lo merecía. A continuación le dijo: es que Su santidad ha pensado que usted podría ser el primer obispo del lugar. Y lo fui. Ahora estoy jubilado.

Mons. Picci sufría un cáncer de hígado que le incapacitaba seriamente y le producía grandes molestias. Estaba en fase terminal, pero este extremo él lo ignoraba. La penosa situación no agriaba su carácter, mantenía la amabilidad que uno observa gozan los obispos cuando están en Tierra Santa. Tal vez, como me contaron, en su caso, también le era propia de antiguo.

Tenía muy bien preparada la entrevista, comprendí entonces lo de "dopo le nove". ¿Sabe usted? Me dijo. Cuando el Papa Pablo VI vino a Jerusalén, yo era el párroco de los feligreseslatinos. Me confió Su Santidad, que deseaba visitar a un enfermo. A mí me chocó al principio, luego nos enteramos de que a la comunidad musulmana, este gesto les impresionó mucho. Por mi parte, busqué familia y casa y me ofrecí a acompañarle. Pasada la puerta de la vivienda, había que subir por una escalera, ya sabe usted como son las de las casas de los palestinos, continuó diciéndome, de escalones grandes y empinados, me corroboró. Le susurré, pues al Papa, continuó diciéndome el buen franciscano, que si quería le daba la mano. Él me lo agradeció, pero me advirtió que no lo necesitaba, que todavía se sentía fuerte. Dijo esto e inmediatamente resbaló y estuvo a punto de besar el suelo. Tuve tiempo de cogerle la mano. Algún periodista estaba por allí y sacó esta foto. Me alargó entonces el obispo la cartulina mencionada y me la regaló gentilmente: era una copia de la que publicó una revista francesa y que yo ahora adjunto para que la vean los lectores, que seguramente ignoran que un Papa estuvo a punto de caer y le salvó del incidente este buen franciscano.

Cuando salgo de Jerusalén por la "New Gate", no dejo nunca de mirar la inscripción que, poco antes de franquearla, recuerda esta visita. Pocos se fijan en ella, o no se enseña a los peregrinos. No olvido tampoco el ademán del buen franciscano-párroco, que salvó al primer Papa peregrino de Tierra Santa, de un serio percance.